



## III DOMINGO DE CUARESMA\*

### “No hagan de la casa de mi Padre una casa de mercado”

*Luis Fernando Crespo*

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

**Lecturas:** Ex.20,1-17; 1 Corintios 1,22-25; Juan 2,13-25

Las tres lecturas elegidas para el tercer domingo de cuaresma no parecen tener mayor relación entre sí, siendo cada una de ellas relevante.

Comenzamos deteniéndonos en la lectura del evangelio. El episodio de la expulsión de los mercaderes del Templo nos resulta conocido, pero nos llama la atención que Juan lo coloque al comienzo de la actividad de Jesús en su primera ida a Jerusalén, cuando los sinópticos lo refieren acontecido en la última semana durante la única visita de Jesús a Jerusalén y señalado, además, como el motivo inmediato de su arresto y condenación. Juan intencionadamente lo coloca en el inicio, como algo programático. En el episodio que antecede, el de las bodas de Caná, Jesús había convertido el agua de las purificaciones rituales judías en “el vino mejor”, presentado como “el comienzo de los signos” de la novedad que se instaura con Jesús.

Sin mayor transición el evangelista traslada a Jesús de Galilea a Jerusalén, en el tiempo de la “Pascua de los judíos”, en el corazón de la institución religiosa del judaísmo. “Y encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas y a los cambistas en sus puestos”. Echando a todos fuera, para explicar el sentido de esta acción -también un “signo”- dijo: “No hagan de la casa de mi Padre una casa de mercado”. Se compraban los animales para los sacrificios de expiación que se ofrecían a Dios. De esa manera se pretendía comprar el favor y la benevolencia de Dios. ¿No es ése el riesgo de una religión que se desarrolla en acciones, ritos y sacrificios para asegurar el perdón y la reconciliación con Dios, sin un auténtico arrepentimiento y cambio de conducta? Algo importante está queriendo decir -decirnos- Jesús: la religión no es un mercado, a Dios no se le compra. A Dios se le ama o, mejor aún, uno se deja amar por Dios, en Dios se confía y con alegría se cumple su voluntad, y con gratuidad se entrega al amor de los demás.

---

\* Ciclo A

Jesús se explica a lo largo de todo el evangelio. Poco después, en aquella conversación tan a fondo con la mujer samaritana que había encontrado junto al pozo, Jesús esboza lo que constituye una verdadera religión: “los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren” (4,23-24). No se trata tanto, entonces, de ritos o privaciones cuaresmales, sino, como está sugiriendo también el papa Francisco, de pequeños gestos y manifestaciones de bondad, de generosidad y solidaridad para con el prójimo en necesidad. Ese es el espíritu y la verdad que Dios quiere y reclama.

Continúa el texto con una primera confrontación con los judíos -entiéndase las autoridades judías- de Jerusalén. Reclaman un “signo” que confirme su autoridad para haber actuado de esa manera. La respuesta de Jesús juega con un doble sentido: “Destruyan este santuario y en tres días lo levantaré”. Los judíos lo interpretan de manera directa sobre el edificio del Templo. “Pero él hablaba del santuario de su cuerpo”, en alusión, entonces velada, a su muerte y resurrección. Sólo después de la resurrección “sus discípulos se acordaron y creyeron”. Es importante y clave el apunte del evangelista. A la luz pascual recordaron, comprendieron, creyeron y comunicaron lo que habían compartido -vivido y escuchado- con Jesús de Nazaret.

El episodio tiene más alcance que un gesto de “purificación” de la actividad de compra-venta de animales para el culto. Jesús con su respuesta le da una significación reveladora de su persona y de su misión: él es el único Templo, lugar de revelación y encuentro con Dios. En las palabras con las que Juan recoge recuerdos de la cena de despedida, se confirma: “Nadie va al Padre sino por mí... el que me ha visto a mí ha visto al Padre” (14,6.9). Su cuerpo/templo destruido y crucificado será la única ofrenda agradable a Dios, ya no habrá necesidad de más culto sacrificial; el Padre, resucitándolo de entre los muertos, lo ha aceptado definitivamente. La religión en adelante consistirá en adoración al Padre en espíritu y en verdad, siguiendo a Jesús en una vida como la suya, de servicio y entrega por la causa del Reino de Dios, que es promesa de vida, fraternidad y justicia para los pobres.

Cuaresma, tiempo de conversión en camino hacia la Pascua, invita a revisar nuestra religiosidad: ¿confiamos más en ritos, devociones y prácticas piadosas o en el amor gratuito del Padre, que nos entregó a su Hijo y quiere que le reconozcamos en el amor concreto a nuestros hermanos y hermanas sufrientes? Hay algo más: Jesús critica y reacciona ante una religión que pretende comprar a Dios. Hoy vivimos en una sociedad donde se compra y vende a las personas, el trabajo es escaso y mal remunerado, se compran y extorsionan el poder político y las conciencias, los testimonios, las fidelidades, el acceso a los puestos importantes de las instituciones públicas y políticas y los concursos para obtener contratos que favorecen los intereses económicos de empresas al margen de la justicia, de la honradez y de la ética.

La segunda lectura, con palabras de Pablo, viene a confirmar la misma intuición: los judíos reclaman una religión centrada en “signos” de poder, como tantas veces le habían exigido a Jesús. Los gentiles o griegos una religión sustentada en sabiduría humana. Nosotros, en cambio, proclama Pablo, “predicamos a un Cristo crucificado”,

que, si bien es considerado escándalo y locura para judíos y griegos, para los creyentes “un Cristo fuerza de Dios y sabiduría de Dios”. Pero una fuerza y una sabiduría que no son las de los hombres, que con frecuencia oprimen y discriminan, sino las de Dios: la fuerza y sabiduría del amor que llega hasta entregar a su propio Hijo, Cristo, “al cual hizo Dios para nosotros sabiduría de Dios, justicia, santificación y redención” (1,30). La religión “en espíritu y en verdad” es la que se fundamenta en el amor primero y, por tanto, incondicional del Padre, y la que se vive en el amor inseparable a Dios y a los hermanos.

La primera lectura, tomada del libro del Éxodo nos sitúa en el orden de la Primera Alianza, el decálogo, los diez mandamientos, formulados aún en forma imperativa y negativa. Siempre puede ser conveniente recordarlos, especialmente en una realidad en la que fácilmente tendemos a pasarlos por alto. Pero, más importante, recordar la sentencia de Jesús: en el amor a Dios y al prójimo se resume y encierra “toda la Ley y los profetas” (Mt. 22,40). La Ley antigua prohibía las imágenes de Dios, objetos manipulables. Para Jesús la imagen de Dios son los pobres, hambrientos (Ver Mt. 25).

En esta semana de cuaresma, dediquemos un tiempo a revisar si aún hay en nosotros rasgos de esa religión “mercantilista” que Jesús trató de suprimir. O si avanzamos en una religión en “espíritu y verdad”, centrada en Cristo y en el doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo. Ni se compra el favor de Dios, que es todo gratuidad y misericordia, ni se puede convertir a las personas y a los pueblos en objetos y mercancía. Este cambio de mentalidad –conversión- lo exige ciertamente el tiempo de cuaresma, pero además es clave para una práctica política, que se inspire y fundamente –como propone el papa Francisco- en la caridad, en el amor que suscite solidaridad y acción, que se preocupe por el bien común de las personas y de los pueblos, considerados como seres con la misma dignidad y derecho a la palabra y a ser protagonistas de nueva humanidad. Expresado en términos evangélicos, protagonistas de la acogida del Reinado de Dios en la historia humana.